

compilación de artículos, sino que cada uno tiene sentido por sí mismo, formando parte del todo. Châtelet precisa que «es una tentativa para reunir los movimientos de superficie que determinan la vida de las sociedades en las concepciones profundas que las constituyen y las animan. Es también nuestra historia...».

Un periodista francés ha dicho, con motivo de la aparición el año pasado de este conjunto de trabajos: «¿Homo sapiens? No nos hagamos muchas ilusiones. Homo ideologicus».

Se trata de un monumento dividido en tres partes que en España aparecen en dos tomos: La primera parte trata de los mundos divinos hasta el siglo VIII de nuestra era; la parte segunda evoca las posiciones de la Iglesia y del Estado del IX al siglo XVII; y la tercera parte, titulada «Saber y Poder del siglo XVIII al XX», nos introduce en los grandes debates de nuestro tiempo.

Se trata, en fin, de un estudio clave del mundo en sus distintos aspectos, partiendo de un concepto clave para los autores: el de Cosmovisión, o visión global que elude la compartimentación de las ciencias. Siendo también muy importante también el análisis que hacen de la sociedad a partir de su génesis. Este trabajo debería jugar un papel crucial, tanto por su visión nueva, como por la claridad de su presentación que convierte el tema es perfectamente accesible a toda suerte de lector.

Son ideas que, hablando con los responsables de la editorial Zyx, éstos comparten. Tanto respecto del concepto que este grupo de historiadores tienen de ideología, como del mundo y de la sociedad. Consideran fundamental esta guía-método para la recuperación del mundo clásico y la formación de la edad media. Se contesta así, sobre una base científica, una cuestión clave en las ciencias de la historia: ¿Historia lineal? ¿Historia progresiva? ¿Dando saltos? ¿Avanzando en línea ascendente?

Esta misma editorial coedita con Encuentro otra obra magna en seis volúmenes que merece especial atención en nuevo y más extenso comentario: Una **Historia económica y social del mundo**; nuevo trabajo colectivo en el mismo sentido del anterior, pero más ambicioso. ■ **VICTOR CLAUDIN.**

EDICION FACSIMIL DEL SUMARIO DE LA HISTORIA DE FERNANDEZ DE OVIEDO

Con motivo de la celebración del quinto centenario del nacimiento de Gonzalo Fernández de Oviedo, Espasa-Calpe ha publicado una edición facsimil del **Sumario** o avance de la gran **Historia general y natural de las Indias**, su obra más notable. La edición es de una tirada de tres mil ejemplares fuera de comercio que serán, sin duda, muy solicitadas por historiadores y bibliófilos y ha sido prologada por Juan Pérez de Tudela, autor del estudio sobre la vida y obra de Fernández de Oviedo, que sirve de introducción a la edición de su **Historia** por la B. A. E. en 1959.

Esta edición conmemorativa es un signo más del interés que encierra la figura de Oviedo; interés que ya se puso de manifiesto en los dos congresos celebrados el pasado año en Nicaragua y Madrid —este último bajo el lema «España y América en el siglo XIX»— y que corrobora el incremento que ha experimentado últimamente la bibliografía existente sobre él.



La **Historia** de Oviedo abarca el período comprendido entre la conquista y 1523, y constituye en su conjunto el resultado de un enorme esfuerzo proseguido a lo largo de más de treinta y cinco años. Oviedo la concibió y probablemente la comenzó en 1514, al regreso de su primer viaje a América, y en ella se propuso dar cuenta cabal de todo aquello que pudiera ilustrar el conocimiento europeo sobre el Nuevo Mundo en la doble vertiente de lo natural y de lo humano, tanto español como indígena.

Sobre ella señala Pérez de Tudela: «lejos de perder valor con la multiplicación de los textos y datos documentales hoy disponibles sobre la materia tratada por Oviedo, viene a quedar realizada por esa posibilidad de contraste. Y no sólo en cuanto a sus contenidos informativos, sino muy en especial, por lo que encierra de testimonio ideológico del más subido interés». También insiste el prologuista en el carácter evolutivo de las actitudes de Oviedo y sus avanzados criterios a la hora de valorar los hechos culturales del indio, así como la excepcional calidad de su tratamiento de lo natural para lo que utilizó el aparato metodológico y conceptual de máxima altura en su época.

El **Sumario** se imprimió por primera vez en 1526, en casa del maestro Ramón de Petras, de Toledo, por cuenta y riesgo del autor y de él existen cuatro ediciones: la de González Barcia (1799), la de la B. A. E. (1877), la de Álvarez López (1942) y la de J. Miranda (1950).

Además de por su obra, en la que figura, junto a la monumental **Historia**, una serie de manuscritos, traducciones, e incluso, una novela de Caballerías —el **Claribate**— de las más representativas del género, Fernández de Oviedo merece atención por su propia personalidad compleja y polifacética, y por su vida apasionante, típica del hombre del Renacimiento, en la que la cultura humanística concilia con la actividad desbordante en el campo de las armas, de las letras o de la política, y con espíritu abierto hacia los nuevos horizontes que se abren para la Humanidad.

Estudiante, soldado, viajero infatigable, funcionario de la Corona y, por fin, cronista, Oviedo es un hijo de su siglo y de una España que alcanza entonces, 1525-1526, el cénit de su

trayectoria, cuando más alto se eleva la conciencia del orgullo nacional.

Nacido en 1478, en Madrid, en el seno de una familia de origen asturiano, es educado en la casa de Alonso de Aragón, Duque de Villahermosa, antiguo discípulo de Pietro Martine D'Anghiera, apasionado por las Humanidades que lo introduce en el conocimiento de Ptolomeo, Aristóteles, Plinio, Cicerón, Ovidio, Vitruvio, San Agustín, Petrarca, etc.; conocimiento que ya se revela en su primera obra, **El libro de la Cámara Real del Príncipe Don Juan**, que escribe cuando es mozo de cámara del hijo de los Reyes Católicos.

Muerto Don Juan marcha a Italia con el Gran Capitán, de quien fue secretario. En 1502, vuelve a la patria y combate en el Rosellón, y, por fin, en 1513, viaja a América en la expedición de Pedrarias Dávila al Darién, como «veedor de la fundición del oro». A su regreso visita Flandes, otra vez Italia y en Barcelona tiene un encuentro con el padre Bartolomé de las Casas, con quien comparte su oposición a la conducta del gobierno español con respecto a los indígenas.

En 1520 es nombrado gobernador del Darién y tras un periodo de estancia en España ocupa el cargo de regidor perpetuo de la fortaleza de Santo Domingo, donde ya había sido alcalde y merecido el respeto de lo indígenas por el justo uso que hizo de su poder. Allí permanece hasta junio de 1556, año de su regreso definitivo a España, donde hace imprimir el vigésimo libro de su **Historia**—primero de la segunda parte—poco antes de su muerte a causa de las fiebres contraídas en las Indias, que tiene lugar en Valladolid, el año 1557.

Entre los manuscritos de Oviedo se puede citar: el **Catálogo Real de Castilla**, el **Libro primero del blasón**, o su **Libro de linajes y armas**, donde da cuenta de hechos e instituciones de la vieja España; **Batallas y Quincuagenas** de los «generosos e ilustres» personajes de su tiempo; **Respuesta** a la Epístola del almirante don Fadrique Enriquez y su **Relación** sobre la prisión del rey Francisco I de Francia. También tradujo del italiano el **Laberinto de amor**, de Boccaccio y las **Reglas de la vida espiritual y secreta teología**, de Domingo de Robertis. ■ **BEL CARRASCO.**

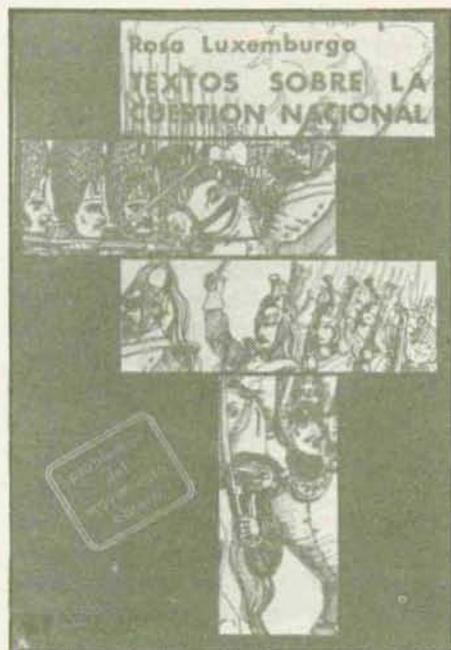
ROSA LUXEMBURGO Y LA CUESTION NACIONAL

La quiebra de ciertas concepciones tradicionales —tradicionales desde la revolución bolchevique— sobre los principios organizativos del movimiento obrero, así como sobre el contenido mismo de la democracia socialista, han puesto nuevamente de actualidad el nombre de Rosa Luxemburgo, asesinada hace ahora sesenta años, tras el fallido levantamiento spartakista.

Pero hay otro tema, quizás algo menos conocido, y, sin embargo, importante, en la obra teórica de la gran revolucionaria polaca. Tema que, en su momento, fue objeto de una viva polémica, en la que intervinieron desde Lenin hasta Kaustsky, y que cobra hoy también entre nosotros renovada vigencia. Me refiero a las nacionalidades.

Se ha acusado, desde algunos sectores, a Rosa Luxemburgo de no tener sensibilidad para la cuestión nacional. Nada más falso. Basta leer, por ejemplo, un párrafo como el siguiente, extraído de su prefacio a **La cuestión polaca y el movimiento socialista** (1): «El problema nacio-

(1) *Rosa Luxemburgo: Textos sobre la cuestión nacional. Compilación y notas de Manuel P. Izquierdo. Ediciones de la Torre. Madrid, 1977. La traducción es, más que pedestre, infecta. Rosa Luxemburgo y el lector se merecen mejor trato.*



nal no es ni puede ser algo extraño a la clase obrera (...). Es un hecho indiscutible, para honra de la humanidad de todos los tiempos, que ni la opresión más inhumana de los intereses materiales puede suscitar una rebelión tan fanática y tan ardiente, un odio tan grande, como el que engendra la opresión de la vida espiritual: la opresión religiosa y nacional».

Su reivindicación de la cuestión nacional no puede ser más clara. ¿Cómo se explica entonces el hecho de que la Luxemburgo se opusiera virulentamente, utilizando las páginas de la revista «Neue Zeit», que fundara su correligionario Kaustsky, a la moción presentada, en el congreso de Londres de 1896, por el Partido Socialista Polaco a favor de una Polonia unida e independiente? Sencillamente, porque para ella la cuestión nacional sólo podía abordarse tácticamente, y siempre desde una perspectiva de clase. Nada, pues, de dejación. Sólo cuestión de prioridades.

Para la cofundadora, junto a Liebknecht y Mehring, de la Liga spartakista, el derecho a la autodeterminación de los pueblos, tomado como un valor absoluto, podía muy bien servir para ocultar los verdaderos conflictos de clase. Por ejemplo, en el caso concreto de Polonia, la idea nacional, lejos de tener un contenido progresista como lo tuvo en Italia o Alemania en su momento, encubría una ideología de la nobleza, de raíz feudal, lo que la convertía en históricamente reaccionaria.

Los intereses de la burguesía polaca estaban, por el contrario, ligados a los del capitalismo ruso, del que aquella dependía económicamente. Por eso, en opinión de Rosa Luxemburgo, el proletariado polaco debía unirse a los obreros rusos en una lucha común contra el zarismo, como tarea previa a cualquier reivindicación nacional, por saludable que fuera.

Fiel a lo que se ha calificado de «internacionalismo intransigente», la autora de **¿Reforma o revolución?** se oponía a la política seguida por Lenin sobre el derecho a la autodeterminación de los pueblos. Para ella, las naciones liberadas del yugo zarista, lejos de convertirse, como pensaba Lenin, en aliadas de los bolcheviques, acabarían dominadas por sus respectivas burguesías, uniéndose a los enemigos de la revo-